

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

Comenzamos, con el favor de Dios y la protección de María Santísima, con una serie de catequesis sobre la Santa Misa, como medio más que privilegiado para la perseverancia en los propósitos de los santos Ejercicios. Iremos viendo la Misa parte por parte, pero hoy quería dedicar esta primera charla a preguntarnos sobre la esencia de la Misa.

Pregunto: ¿Qué es la Misa?

Hace unos años escribía en el blog:

«Más o menos a los 14 años comencé a ir a alguna Misa durante la semana –además de la dominical; no entendía en profundidad de qué se trataba pero sin duda la consideraba una muy buena manera de rezar. Visto en perspectiva, puedo dilucidar en esto un signo de mi vocación.

Poco tiempo después, llegó a mis manos un pequeño libro de San Leonardo de Porto Maurizio titulado “El tesoro escondido de la Santa Misa”. No he vuelto a leerlo, por lo cual no recuerdo mucho el contenido, pero sí la tesis principal, la idea que el autor de un modo y de otro, con doctrina y con ejemplos –muchos ejemplos– trata de destacar. Habla de una verdad que me descubrió un mundo totalmente nuevo, que dio muchísimo más sentido a “*mis*” Misas y que, probablemente, sea el por qué más profundo del hecho que ahora la celebre a diario... Esa verdad es que ¡¡LA MISA ES UN SACRIFICIO!!”

Perdonen si les hablo de algo tan sabido como que la composición del agua es H²O, pero para quien no la conoce, es esta una verdad tan fuerte, profunda e intensa que puede hacer pensar –como me ocurrió en su momento– “¡haberlo sabido antes!” o “¡por qué no me lo dijeron antes!”...»¹.

La Eucaristía es a su vez Sacramento y Sacrificio: «[La Eucaristía] es simultáneamente sacrificio y sacramento –e inmediatamente da la razón por la cual es una cosa y la otra–; tiene razón de sacrificio en cuanto se ofrece, y tiene razón de sacramento en cuanto es recibido»². De hecho «en la mente de Santo Tomás no son compartimentos estancos, sino que es la misma realidad de la Eucaristía que es sacramento y es sacrificio»³. Para citar algunos textos: «este sacramento no sólo es sacramento, sino también es sacrificio»⁴; «este sacramento tiene por sobre los demás el hecho de que es sacrificio»⁵.

Santo Tomás nos ayuda a comprender la excelencia del sacramento de la Eucaristía, cuando escribe: «Al ser la Eucaristía el sacramento de la Pasión de nuestro Señor, contiene en sí a Jesucristo, que sufrió por nosotros. Por tanto, todo lo que es efecto de la Pasión de nuestro Señor, es también efecto de este sacramento, puesto que no es otra cosa que la aplicación en nosotros de la Pasión del Señor»⁶

¹ <https://verbo.vozcatolica.com/haberlo-sabido-antes/>

² *S. Th.*, III, 79, 5, c.

³ C. M. BUELA, IVE, *Pan de vida eterna y cáliz de eterna salvación*, EDIVI - Editrice Verbo Incarnato, Segni 2006, 51. Varias citas de Santo Tomás están tomadas también de este libro.

⁴ *S. Th.*, III, 79, 7.

⁵ *S. Th.*, III, 79, 7, ad 1.

⁶ *In Ioannem*, c. 6, lect. 6, n. 963.

Pablo VI enseña: «...Sacrificio y Sacramento pertenecen al mismo misterio y no se puede separar el uno del otro. El Señor se inmola de manera incruenta en el Sacrificio de la Misa, que representa el Sacrificio de la Cruz y nos aplica su virtud salvadora, cuando por las palabras de la consagración comienza a estar sacramentalmente presente, como alimento espiritual de los fieles, bajo las especies de pan y vino»⁷

Del libro “Nuestra Misa”

“La causa universal de salvación y su aplicación

Una **causa universal**, como el sacrificio de la cruz, no puede ser manifiesta cuando no se arroja, ejecuta o aplica especialmente sobre el sujeto. El sol, por ejemplo, es una causa universal, una causa que es suficientemente fuerte para alumbrar y calentar a todos los objetos corporales. Pero es necesario que se produzca un efecto en particular en los objetos, entonces los rayos del sol tendrán que dirigirse hacia el objeto en particular, de hecho se tiene que exponer a la fuerza del sol. Cuando se lo aparta o retira, el sol no podrá producir nunca un efecto. Pero la culpa no es entonces del sol, ya que es igualmente inagotable en su eficacia. La culpa queda en el obstáculo que se pone a la fuerza del sol. Por eso: «una causa universal se aplica a efectos individuales a través de algo especial»⁸. ¿Y entonces el Santo Sacrificio de la Cruz?: «La pasión de Cristo produce su efecto en todos aquellos, a quienes se **aplica** a través de la Fe y del Amor y de los Sacramentos de la Fe»⁹.

El sacrificio de la cruz, que se hizo visible, es precisamente el Santo Sacrificio de la Misa, que se hace visible, no en sí mismo, sino en el velo sacramental «para que tenga lugar la fe»¹⁰, y por eso es que nos queda como un misterio de la fe: «Con ello su Esposa, la Santa Iglesia, tiene un sacrificio visible, Cristo ha inmolado a su Padre Celestial en la Última Cena su Santísimo Cuerpo y su Santísima Sangre bajo las formas visibles de pan y vino, y mandó a los apóstoles a hacer lo mismo que Él hizo»¹¹.

Es lo que enseñaban los Santos Padres: «Diariamente ofrezco sobre el Altar al Dios Todopoderoso, no la carne de las bestias del sacrificio, sino el Cordero sin mancha»¹². San Ambrosio dice también: «En Cristo se ofreció una sola vez la hostia que podía causar la salvación eterna. ¿Y nosotros? ¿No ofrecemos también nosotros un sacrificio diariamente? Sí, pero en memoria de su muerte»¹³. Y enseña San Juan Crisóstomo: «se trata de una y la misma ofrenda (esto es, la que Cristo ofreció y nosotros ofrecemos), y no de varias ofrendas; porque sólo una vez fue Cristo inmolado. Y como aquello que es sacrificado en todas partes es *Un Cuerpo*, y no muchos cuerpos, así también es *solamente Una Ofrenda*. Aquella que en aquel entonces fue ofrecida, *la ofrecemos nosotros también ahora porque es inagotable*»¹⁴.

⁷ Carta encíclica *Mysterium fidei* (3-9-1965), 35.

⁸ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* III, 52, 1 ad 2: «*Causa universalis applicatur ad singulares effectus per aliquid speciale*».

⁹ *Ibidem*, *S. Th.* III, 49, 5: «*Passio Christi sortitur effectum suum in illis quibus applicatur per fidem et charitatem et per fidei sacramenta*».

¹⁰ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In officio fest. Corp. Christi II Noct.*: «*Ut fides locum habeat*».

¹¹ CONCILIO DE TRENTO, DH 1740.

¹² En el antiguo Breviario, II Nocturn. Offic. Fest. St. Andreae.

¹³ SAN AMBROSIO, cit. por SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* III, 83, 1: «*In Christo semel oblata est hostia ad salutem sempiternam potens. Quid ergo nos? Nonne per singulos dies offerimus? sed ad recordationem mortis eius*».

¹⁴ SAN JUAN CRISÓSTOMO, cit. en el artículo de GEBHARD ROHNER, que a la vez cita a GIHR, *Das heilige Messopfer*, 88; cfr. DIÁLOGO 10 (San Rafael 1994) 30.

San Agustín escribe: «¿No ha sido Cristo una vez inmolado en sí mismo? No obstante es inmolado diariamente por el pueblo en este sacramento»¹⁵. Santo Tomás junta la Tradición de los Padres cuando dice: «Los efectos que la pasión hizo en el mundo los hace este sacramento en el hombre»¹⁶.¹⁷

Del libro “Sacerdotes para siempre”

“Cristo dejó a la Iglesia el Sacrificio Eucarístico: «por el que se representara aquel suyo sangriento que había, una sola vez, de consumarse en la Cruz, y su memoria permaneciera hasta el fin de los siglos¹⁸ y su eficacia saludable se aplicara para la remisión de los pecados que diariamente cometemos».¹⁹

Nuestro Señor quiso que se perpetuase su Sacrificio porque «como no había de extinguirse su sacerdocio por la muerte²⁰... para dejar a su esposa amada, la Iglesia, un sacrificio visible, como exige la naturaleza de los hombres, ofreció a Dios Padre su Cuerpo y su Sangre, bajo las especies de pan y vino».²¹ Para que sus discípulos que, por ser hombres, no sólo tienen alma, sino también cuerpo, pudiesen, como lo pide su naturaleza, tener un Sacrificio visible para ofrecer a Dios.

Como el Sacrificio de Jesucristo, que se realizó de una vez para siempre, es de valor infinito y bastaba para perdonar todos los pecados del mundo, queriendo Él participarlo a los hombres de todos los tiempos, siendo imposible que Cristo muriera de nuevo, porque vive una vida gloriosa e inmortal, nos dejó su único sacrificio, pero de otra manera.

De manera incruenta, es decir, sacramental. No en especie propia, sino en especie ajena, es decir que nos deja su Cuerpo entregado y su Sangre derramada bajo las especies de pan y de vino.

El Sacrificio de la cruz se perpetúa en el momento de la doble consagración del pan y del vino; en ese momento aparece, sacramentalmente, la Sangre de Cristo separada del Cuerpo, tal como ocurrió en la Cruz. (...)

«En este divino Sacrificio, que en la Misa se realiza, se contiene y se inmola incruentamente aquel mismo Cristo que *una sola vez se ofreció Él mismo* (Heb 9,27), cruentamente, en el altar de la cruz».^{22»23}.

Santo Tomás

«Este sacramento es directamente representativo de la Pasión del Señor, por la cual Cristo se ofreció a Dios como sacerdote y hostia en el altar de la cruz. La hostia que el sacerdote ofrece es una con aquella que Cristo ofreció en la cruz -según la realidad- (...).²⁴

«En este sacramento se encierra, se contiene todo el misterio de nuestra salvación».²⁵

¹⁵ SAN AGUSTÍN, *Epist.* 23: «*Nonne semel immolatus est Christus in seipso? Et tamen in sacramento omni die populis immolatur*».

¹⁶ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.* III, 79, 1: «*Effectum quem passio Christi fecit in mundo, hoc sacramentum facit in homine*».

¹⁷ C. M. BUELA, IVE, *Nuestra Misa*, Ediciones del Verbo Encarnado, San Rafael 2005, 109-110.

¹⁸ cfr. 1Cor 11,23ss.

¹⁹ DS 1739; *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1366.

²⁰ cfr. Heb 7,24.27.

²¹ DS 1739.

²² DS 1743.

²³ C. M. BUELA, IVE, *Sacerdotes para siempre*, Obras Completas 3, Monte Pueyo, Barbastro 2022, 32-33.

²⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In IV Sententiarum*, 8,2,1,4. En: *Sacerdotes para siempre...*, 123.

²⁵ SANTO TOMÁS, *STh*, III,83,4: «*totum mysterium nostrae salutis*».

Pío XII

«La Iglesia, pues, fiel al mandato recibido de su Fundador, continúa el oficio sacerdotal de Jesucristo, sobre todo mediante la sagrada liturgia. Esto lo hace, en primer lugar, en el altar, donde se representa perpetuamente el sacrificio de la cruz²⁶ y se renueva, con la sola diferencia del modo de ser ofrecido^{27,28}».

«Sacrificio del altar» (8); «sacrificio eucarístico» (9), «augusto sacrificio del altar» (28)

En la Santa Misa ocurre la misma inmolación realizada en la cruz, aunque en especie ajena. Jesucristo con su Sangre derramada y su Cuerpo entregado, o sea, Jesucristo en estado de víctima, se hace presente bajo las especies sacramentales. La inmolación ocurre en el momento de la transustanciación, que sólo la realiza Cristo por medio de su sacerdote ministerial. En este sentido enseña Pío XII: «Aquella inmolación incruenta con la cual, por medio de las palabras de la consagración, el mismo Cristo se hace presente en estado de víctima sobre el altar, la realiza sólo el sacerdote, en cuanto representa la persona de Cristo, no en cuanto tiene la representación de todos los fieles»²⁹.

“Es una verdadera renovación del sacrificio de la cruz

El augusto sacrificio del altar no es, pues, una pura y simple conmemoración de la pasión y muerte de Jesucristo, sino que es un sacrificio propio y verdadero, por el que el Sumo Sacerdote, mediante su inmolación incruenta, repite lo que una vez hizo en la cruz, ofreciéndose enteramente al Padre, víctima gratísima. «Una... y la misma es la víctima; lo mismo que ahora se ofrece por ministerio de los sacerdotes se ofreció entonces en la cruz; solamente el modo de hacer el ofrecimiento es diverso»³⁰» (n. 86).

Concilio Vaticano II

«CAPÍTULO II: EL SACROSANTO MISTERIO DE LA EUCARISTÍA

Misterio pascual

Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con lo cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el Sacrificio de la Cruz y a confiar a su Esposa, la Iglesia, el Memorial de su Muerte y Resurrección.»³¹

«Cuantas veces se renueva sobre el altar el sacrificio de la cruz, en que nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolado (1Co 5,7), se efectúa la obra de nuestra redención.»³²

²⁶ Cf. Conc. Tridentino, ses.22 c. 1.

²⁷ Ibid.

²⁸ Pío XII, *Carta Encíclica «Mediator Dei». Sobre la Sagrada Liturgia*, 1947, n. 5.

²⁹ Pío XII, *Carta Encíclica «Mediator Dei»*, n. 59. Colección de Encíclicas Pontificias, Editorial Guadalupe (Buenos Aires 1967) 1730.

³⁰ Conc. Tridentino, ses.22 c.1.

³¹ CONCILIO VATICANO II, *Constitución «Sacrosanctum Concilium», sobre la sagrada liturgia*, 47.

³² CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia «Lumen Gentium»*, 3.

Pablo VI³³

“El misterio eucarístico se realiza en el sacrificio de la misa

Y para edificación y alegría de todos, nos place, venerables hermanos, recordar la doctrina que la Iglesia católica conserva por la tradición y enseña con unánime consentimiento.

Ante todo, es provechoso traer a la memoria lo que es como la síntesis y punto central de esta doctrina, es decir, que por el misterio eucarístico se representa de manera admirable el sacrificio de la Cruz consumado de una vez para siempre en el Calvario, se recuerda continuamente y se aplica su virtud salvadora para el perdón de los pecados que diariamente cometemos³⁴.” (4)

“El Señor se inmola de manera incruenta en el sacrificio de la misa, que representa el sacrificio de la cruz, y nos aplica su virtud salvadora, cuando por las palabras de la consagración comienza a estar sacramentalmente presente, como alimento espiritual de los fieles, bajo las especies del pan y del vino”. (5)

Juan Pablo II - *Dominicae Cenaе*, Carta apostólica a los obispos³⁵

II SACRALIDAD DE LA EUCARISTÍA Y SACRIFICIO

Sacralidad

8. La celebración de la Eucaristía, comenzando por el cenáculo y por el Jueves Santo, tiene una larga historia propia, larga cuanto la historia de la Iglesia. En el curso de esta historia los elementos secundarios han sufrido ciertos cambios; no obstante, *ha permanecido inmutada la esencia del «Mysterium»*, instituido por el Redentor del mundo, durante la última cena. También el Concilio Vaticano II ha aportado algunas modificaciones, en virtud de las cuales la liturgia actual de la Misa se diferencia en cierto sentido de la conocida antes del Concilio. No pensamos hablar de estas diferencias; por ahora conviene que nos detengamos **en lo que es esencial e inmutable en la liturgia eucarística.**

Y con este elemento está estrechamente vinculado el carácter de **«sacrum»** de la Eucaristía, esto es, de acción **santa y sagrada**. Santa y sagrada, porque en ella está continuamente presente y actúa Cristo, «el Santo» de Dios³⁶, «ungido por el Espíritu Santo»³⁷, «consagrado por el Padre»³⁸, para dar libremente y recobrar su vida³⁹, «Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza»⁴⁰. Es El, en efecto, quien, representado por el celebrante, hace su ingreso en el santuario y anuncia su evangelio. Es El «el oferente y el ofrecido, el consagrante y el consagrado»⁴¹. Acción **santa y sagrada**, porque es constitutiva de las especies sagradas, del «Sancta sanctis», es decir, de las «cosas

³³ PABLO VI, *Carta Encíclica «Mysterium Fidei»*. Sobre la doctrina y el culto de la Sagrada Eucaristía, 1965.

³⁴ Cf. Conc. Trid. De s. missae sacrif., c. 1.

³⁵ JUAN PABLO II, *Carta Apostólica «Dominicae Cenaе»*, 1980. Las negritas del texto son nuestras.

³⁶ Lc 1, 34; Jn 6, 69; He 3, 14; Apoc 3, 7.

³⁷ He 10, 38; Lc 4, 18.

³⁸ Jn 10, 36.

³⁹ Cf. Jn 10, 17.

⁴⁰ Heb 3, 1; 4, 15, etc.

⁴¹ Como decía la liturgia bizantina del siglo IX, según el código más antiguo, antes denominado *Barberino di San Marco* (Florencia) y actualmente en la Biblioteca Apostólica Vaticana denominado *Barberini greco* 336, f° 8 vuelto, líneas 17-20, publicado, por lo que se refiere a esta parte, por F. E. Brightman, *Liturgies Eastern and Western*, I, *Eastern Liturgies*, Oxford 1896, p 318, 34-35.

santas —Cristo el Santo— dadas a los santos», como cantan todas las liturgias de Oriente en el momento en que se alza el pan eucarístico para invitar a los fieles a la Cena del Señor.

El «**Sacrum**» de la Misa no es por tanto una «sacralización», es decir, una añadidura del hombre a la acción de Cristo en el cenáculo, ya que la Cena del Jueves Santo fue un rito sagrado, liturgia primaria y constitutiva, con la que Cristo, comprometiéndose a dar la vida por nosotros, celebró sacramentalmente, El mismo, el misterio de su Pasión y Resurrección, corazón de toda Misa. Derivando de esta liturgia, nuestras Misas revisten de por sí una forma litúrgica completa, que, no obstante esté diversificada según las familias rituales, permanece sustancialmente idéntica. El «**Sacrum**» de la Misa es una sacralidad instituida por Cristo. Las palabras y la acción de todo sacerdote, a las que corresponde la participación consciente y activa de toda la asamblea eucarística, hacen eco a las del Jueves Santo.

El sacerdote ofrece el Santo Sacrificio «in persona Christi», lo cual quiere decir más que «en nombre», o también «en vez» de Cristo. «In persona»: es decir, en la identificación específica, sacramental con el «Sumo y Eterno Sacerdote»⁴², que es el Autor y el Sujeto principal de este su propio Sacrificio, en el que, en verdad, no puede ser sustituido por nadie. Solamente El, solamente Cristo, podía y puede ser siempre verdadera y efectiva «propitiatio pro peccatis nostris ... sed etiam totius mundi»⁴³. Solamente su sacrificio, y ningún otro, podía y puede tener «fuerza propiciatoria» ante Dios, ante la Trinidad, ante su trascendental santidad. La toma de conciencia de esta realidad arroja una cierta luz sobre el carácter y sobre el significado del sacerdote-celebrante que, *llevando a efecto el Santo Sacrificio y obrando «in persona Christi»*, es introducido e insertado, de modo sacramental (y al mismo tiempo inefable), en este estrictísimo «Sacrum», en el que a su vez asocia espiritualmente a todos los participantes en la asamblea eucarística.

Ese «Sacrum», actuado en formas litúrgicas diversas, puede prescindir de algún elemento secundario, **pero no puede ser privado de ningún modo de su sacralidad y sacramentalidad esenciales, porque fueron queridas por Cristo y transmitidas y controladas por la Iglesia.** Ese «Sacrum» no puede tampoco ser instrumentalizado para otros fines. El misterio eucarístico, desgajado de su propia **naturaleza sacrificial y sacramental**, deja simplemente de ser tal. No admite ninguna imitación «profana», que se convertiría muy fácilmente (si no incluso como norma) en una profanación. Esto hay que recordarlo siempre, y quizá sobre todo en nuestro tiempo en el que observamos una tendencia a borrar la distinción entre «sacrum» y «profanum», dada la difundida tendencia general (al menos en algunos lugares) a la desacralización de todo.

En tal realidad **la Iglesia tiene el deber particular de asegurar y corroborar el «sacrum» de la Eucaristía.** En nuestra sociedad pluralista, y a veces también deliberadamente secularizada, la fe viva de la comunidad cristiana —fe consciente incluso de los propios derechos con respecto a todos aquellos que no comparten la misma fe— garantiza a este «sacrum» el derecho de ciudadanía (...).

La sacralidad de la Eucaristía ha encontrado y encuentra siempre expresión en la terminología teológica y litúrgica⁴⁴. Este sentido de la sacralidad objetiva del Misterio eucarístico es tan

⁴² Cf. *Misal Romano*: Colecta de la Misa votiva de la Sagrada Eucaristía, B.

⁴³ *1 Jn* 2, 2; cf. *ibid.* 4, 10.

⁴⁴ Hablamos del «divinum Mysterium», del «Sanctissimum» o del «Sacrosanctum», es decir, del «Sacro» y del «Santo» por excelencia. A su vez las Iglesias Orientales llaman a la Misa «raza», esto es «mystérion», «hagiasmós», «quddasa»,

constitutivo de la fe del Pueblo de Dios que con ella se ha enriquecido y robustecido⁴⁵. Los ministros de la Eucaristía deben por tanto, sobre todo en nuestros días, ser iluminados por la plenitud de esta fe viva, y a la luz de ella deben comprender y cumplir todo lo que forma parte de su ministerio sacerdotal, por voluntad de Cristo y de su Iglesia.

Sacrificio

9. **La Eucaristía es por encima de todo un sacrificio: sacrificio de la Redención y al mismo tiempo sacrificio de la Nueva Alianza**⁴⁶, como creemos y como claramente profesan las Iglesias Orientales: «el sacrificio actual —afirmó hace siglos la Iglesia griega— es como aquél que un día ofreció el Unigénito Verbo encarnado, es ofrecido (hoy como entonces) por El, siendo el mismo y único sacrificio»⁴⁷. Por esto, y precisamente haciendo presente este sacrificio único de nuestra salvación, el hombre y el mundo son restituidos a Dios por medio de la novedad pascual de la Redención. Esta restitución no puede faltar: es fundamento de la «alianza nueva y eterna» de Dios con el hombre y del hombre con Dios. Si llegase a faltar, se debería poner en tela de juicio bien sea la excelencia del sacrificio de la Redención que fue perfecto y definitivo, bien sea el valor sacrificial de la Santa Misa. Por tanto la Eucaristía, siendo verdadero sacrificio, obra esa restitución a Dios. (...)

Este valor sacrificial está ya expresado en cada celebración por las palabras con que el sacerdote concluye la presentación de los dones al pedir a los fieles que oren para que «este sacrificio mío y vuestro sea agradable a Dios, Padre todopoderoso». Tales palabras tienen un valor de compromiso en cuanto expresan el carácter de toda la liturgia eucarística y la plenitud de su contenido tanto divino como eclesial.

Todos los que participan con fe en la Eucaristía se dan cuenta de que ella es «Sacrificium», es decir, una «Ofrenda consagrada». En efecto, el pan y el vino, presentados en el altar y acompañados por la devoción y por los sacrificios espirituales de los participantes, son finalmente consagrados, para que *se conviertan verdadera, real y sustancialmente* en el Cuerpo entregado y en la Sangre derramada

«qedassé», es decir, «consagración» por excelencia. Hay además ritos litúrgicos que, para inspirar el sentido de lo sagrado, exigen bien sea el silencio, el estar de pie o de rodillas, bien sea las profesiones de fe, la incensación del evangelio, del altar, del celebrante y de las sagradas Especies. Es más, tales ritos reclaman la ayuda de los seres angélicos, creados para el servicio del Dios Santo: con el «Sanctus» de nuestras Iglesias latinas, con el «Trisagion» y el «Sancta Sanctis» de las Liturgias de Oriente.

⁴⁵ Por ejemplo, en la invitación a comulgar, esta fe ha sido formada para descubrir aspectos complementarios de la presencia de Cristo Santo: el aspecto epifánico revelado por los Bizantinos («Bendito el que viene en nombre del Señor: el Señor es Dios y se ha aparecido a nosotros»: *La divina Liturgia del santo nuestro Padre Giovanni Crisostomo*, Grottaferrata 1967, pp. 136 ss.); el aspecto relacional y unitivo, cantado por los Armenios (Liturgia de S. Ignacio de Antioquía: «Un solo Padre santo con nosotros, un solo Hijo santo con nosotros, un solo Espíritu santo con nosotros»: *Die Anaphora des heiligen Ignatius von Antiochien*, übersetzt von A. RUCKER, *Oriens Christianus*, ser. 3ª, 5 [1930], p. 76); el aspecto recóndito y celeste, celebrado por los Caldeos y Malabares (cf. *Himno antifonario*, cantado entre sacerdote y asamblea después de la comunión: F. E. Brightman, o. c., p. 299).

⁴⁶ Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. sobre la Sagrada Liturgia *Sacrosanctum Concilium*, nn. 2, 47: AAS 56 (1964), pp. 83 ss.; 113; Const. dogm. sobre la Iglesia *Lumen gentium*, nn. 3, 28: AAS 57 (1965), pp. 6, 33 ss.; Decreto sobre el ecumenismo *Unitatis redintegratio*, n. 2: AAS 57 (1965), p. 91; Dec. sobre el ministerio y vida de los presbíteros *Presbyterorum ordinis*, n. 13: AAS 58 (1966), pp. 1011 ss.; Conc. Ecum. Tridentino, sesión XXII, cap. I y II: *Conciliarum Oecumenicorum Decreta*, Bologna 1973, pp. 732 ss.; especialmente: «una eademque est hostia, idem nunc offerens sacerdotum ministerio, qui se ipsum tunc in cruce obtulit, sola offerendi ratione diversa» (ibid. p. 733).

⁴⁷ Synodus Constantinopolitana *Adversus Sotericum* (enero 1156 y mayo 1157): Angelo Mai, *Spicilegium romanum*, t. X, Romae 1844, p. 77; PG 140, 190; cf. Martin Jugie, *Dict. Théol. Cath.*, t. X, 1338; *Theologia dogmatica christianorum orientalium*, París 1930, pp. 317-320.

de Cristo mismo. Así, en virtud de la consagración, las especies del pan y del vino, «representan»⁴⁸, de modo sacramental e incruento, el Sacrificio cruento propiciatorio ofrecido por El en la cruz al Padre para la salvación del mundo. El solo, en efecto, ofreciéndose como víctima propiciatoria en un acto de suprema entrega e inmolación, ha reconciliado a la humanidad con el Padre, únicamente mediante su sacrificio, «borrando el acta de los decretos que nos era contraria»⁴⁹. (...)

Es por tanto muy conveniente y necesario que continúe poniéndose en práctica una nueva e intensa educación, para descubrir todas las riquezas encerradas en la nueva Liturgia. En efecto, la renovación litúrgica realizada después del Concilio Vaticano II ha dado al *sacrificio eucarístico* una mayor visibilidad. Entre otras cosas, contribuyen a ello las palabras de la oración eucarística recitadas por el celebrante en voz alta y, en especial, las palabras de la consagración, la aclamación de la asamblea inmediatamente después de la elevación.

Si todo esto debe llenarnos de gozo, debemos también recordar que *estos cambios exigen una nueva conciencia y madurez espiritual*, tanto por parte del celebrante— sobre todo hoy que celebra «de cara al pueblo»— como por parte de los fieles. El culto eucarístico madura y crece cuando las palabras de la plegaria eucarística, y especialmente las de la consagración, son pronunciadas con gran humildad y sencillez, de manera comprensible, correcta y digna, como corresponde a su santidad; cuando este acto esencial de la liturgia eucarística es realizado sin prisas; cuando nos comprometemos a un recogimiento tal y a una devoción tal, que los participantes advierten la grandeza del misterio que se realiza y lo manifiestan con su comportamiento.

Hasta aquí la cita de la Carta *Dominicae Cenaе*; ahora, un párrafo más, en este caso de la Carta *Mane nobiscum Domine*, del 2004:

“¡Gran misterio la Eucaristía! Misterio que ante todo debe ser *celebrado bien*. Es necesario que la Santa Misa sea el centro de la vida cristiana y que en cada comunidad se haga lo posible por celebrarla decorosamente, según las normas establecidas, con la participación del pueblo, la colaboración de los diversos ministros en el ejercicio de las funciones previstas para ellos, y cuidando también el aspecto sacro que debe caracterizar la *música litúrgica*”. (17)

Catecismo de la Iglesia

II EL NOMBRE DE ESTE SACRAMENTO

1330 –Memorial de la pasión y de la resurrección del Señor.

– Santo Sacrificio, porque actualiza el único sacrificio de Cristo Salvador e incluye la ofrenda de la Iglesia; o también santo sacrificio de la misa, "sacrificio de alabanza" (Hch 13,15; cf Sal 116, 13.17), sacrificio espiritual (cf 1 P 2,5), sacrificio puro (cf Mt 1,11) y santo, puesto que completa y supera todos los sacrificios de la Antigua Alianza.

Volviendo al post que mencionaba al principio:

- Pero, ¿acaso la Misa no es también un banquete?

⁴⁸ Conc. Ecum. Tridentino, Sessio XXII, c. I, *Conciliorum Oecumenicorum Decreta*, Bologna 1973, pp. 732 ss.

⁴⁹ *Col 2*, 14.

- Te respondo con palabras del beato Juan Pablo II: “el «banquete» sigue siendo siempre, después de todo, un banquete sacrificial, marcado por la sangre derramada en el Gólgota”⁵⁰.

Otra vez de la *Mane nobiscum Domine*:

“No hay duda de que el aspecto más evidente de la Eucaristía es el de *banquete*. La Eucaristía nació la noche del Jueves Santo en el contexto de la cena pascual. Por tanto, conlleva en su estructura *el sentido del convite*: «Tomad, comed... Tomó luego una copa y... se la dio diciendo: Bebed de ella todos...» (Mt 26,26.27). Este aspecto expresa muy bien la relación de comunión que Dios quiere establecer con nosotros y que nosotros mismos debemos desarrollar recíprocamente.

Sin embargo, no se puede olvidar que el banquete eucarístico tiene también un sentido profunda y primordialmente *sacrificial*.^[13] En él Cristo nos presenta *el sacrificio ofrecido una vez por todas en el Gólgota*. Aun estando presente en su condición de resucitado, Él muestra las señales de su pasión, de la cual cada Santa Misa es su «memorial», como nos recuerda la Liturgia con la aclamación después de la consagración: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección...». Al mismo tiempo, mientras actualiza el pasado, la Eucaristía *nos proyecta hacia el futuro de la última venida de Cristo*, al final de la historia. Este aspecto «escatológico» da al Sacramento eucarístico un dinamismo que abre al camino cristiano el paso a la esperanza”. (15)

Entendido así, el SANTO SACRIFICIO DE LA MISA toma, sin duda nuevos, transformadores e innumerables matices para quienes participan.

Se entiende así cómo no hay cosa en la tierra que dé más gloria a Dios y que santifique más a las almas, como enseña el Concilio⁵¹. De ahí lo que vivían y decían los santos:

San Andrés Avellino: “No podemos separar la Sagrada Eucaristía de la Pasión de Jesús”.

El santo cura de Ars: “Si conociéramos el valor de La Santa Misa nos moriríamos de alegría”. “Todas las buenas obras juntas no son comparables al Sacrificio de la Misa, porque son obras de hombres, mientras la Santa Misa es obra de Dios”.

Santa Teresa de Jesús: “Sin la Santa Misa, ¿qué sería de nosotros? Todos aquí abajo pereceríamos ya que únicamente eso puede detener el brazo de Dios. Sin ella, ciertamente que la Iglesia no duraría y el mundo estaría perdido sin remedio”.

San Bernardo: “Uno obtiene más mérito asistiendo a una Santa Misa con devoción, que repartiendo todo lo suyo a los pobres y viajando por todo el mundo en peregrinación”.

De seguir citando, la lista se haría interminable...

Bajo este aspecto sacrificial, se comprende también que no hay mejor manera de participar de la Misa que ofreciéndose uno mismo como víctima junto a Cristo, “la Víctima”; y de esta manera estaremos en sintonía con el Concilio, que nos pide una participación litúrgica “plena, consciente y activa”⁵². El santo cura de Ars decía: “*¿Cómo aprovecha a un sacerdote ofrecerse a Dios en sacrificio todas las mañanas!*”; y esto sin duda puede decirse de cada persona que participa en la Eucaristía.

⁵⁰ JUAN PABLO II, *Carta encíclica sobre la Eucaristía en su relación con la Iglesia “Ecclesia de Eucharistia” (Jueves Santo 17 de abril de 2003)*, 48.

⁵¹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia “Sacrosanctum Concilium”*, 10.

⁵² CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia “Sacrosanctum Concilium”*, 14.

Comprender esto hará que nuestras celebraciones sean realmente sagradas. “Sacrificio” viene de “*sacrum facere*” es decir de “*hacer sagrado*”. ¡Cuán poco sabemos hoy en día de lo sacro!, lo cual se obtiene por la confluencia de dos experiencias antagónicas que, paradójicamente, se armonizan: la del “*mysterium tremendum*” y la del “*mysterium fascinans*”. Por algo un indiecito de nuestras tierras argentinas, el beato Ceferino Numuncurá, luego de participar de una Misa del Papa Pío X, con música de Lorenzo Perosi y Palestrina, exclamó: “*parecíame estar en el paraíso*”.

“Ver” a Cristo entregado en los altares por nosotros, no ayudará a percibir el amor de Dios que tanto amó al mundo que le dio su Unigénito Hijo (cf. Jn 3,16). De ahí que “En cada Misa, Dios nos dice a cada uno: «Te amo». Nos besa como una madre a su niño. Él nos ve en su Hijo, nos trata como «hijos en el Hijo»⁵³ y nos dice: Tú eres mi Hijo, muy amado, en quien me complazco (cfr. Mt 17,5)”⁵⁴.

Contemplar la Sangre sacramentalmente separada del Cuerpo sobre el Ara Santa, será también fuente de vocaciones sacerdotales y religiosas. La vocación no es otra cosa que una llamada a estar más cerca del Crucificado, aceptando invitación a “negarse”, “tomar la cruz” y “seguirlo” (cfr. Lc 9, 39), y como decía Juan Pablo II “Es una exigencia dura, que impresionó incluso a los discípulos y que **a lo largo de los siglos ha impedido que muchos hombres y mujeres siguieran a Cristo**”⁵⁵.

Participemos con devoción en nuestras Misas y ofrezcámosle, en sacrificio, todo lo que somos y tenemos a Dios; como enseñaba Juan Pablo II: “Nuestra humilde entrega –insignificante como el aceite de la viuda de Sarepta o el óbolo de la pobre viuda– se hace aceptable a los ojos de Dios por su unión a la oblación de Jesús”⁵⁶. Él sí vivía sus Misas “Nada tiene más importancia para mí o me causa mayor alegría que celebrar a diario la Misa”⁵⁷, decía; y también, dado lo maravilloso e inabarcable del Santo Sacrificio: “Yo no me conmuevo durante la Misa, yo hago que suceda. Me conmuevo antes y después”⁵⁸. Antes y después... es decir, vivía aquello de San Alberto Hurtado y de tantos santos y santas:

“Hacer de la Misa el centro de mi vida. Prepararme a ella con mi vida interior, mis sacrificios, que serán hostia de ofrecimiento; continuarla durante el día dejándome partir y dándome... en unión con Cristo. **¡Mi Misa es mi vida, y mi vida es una Misa prolongada!**”⁵⁹.

En cada Misa se renueva y perpetúa el misterio pascual en su totalidad, es decir la pasión, muerte y resurrección del Señor. Por eso también en cada Misa participamos de la alegría del Resucitado pregustando nuestra propia resurrección; de ahí que uno de los saludos posible al terminar la Eucaristía sea: “*La alegría del Señor sea nuestra fuerza, podéis ir en Paz*”.

Junto a cada altar, como lo estuvo junto a la cruz, está la Madre del Crucificado. Ella, que al decir de San Alfonso, sufrió en el Calvario lo equivalente a mil muertes; Ella, que al decir del

⁵³ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual “Gaudium et Spes”*, 22.

⁵⁴ CARLOS MIGUEL BUELA, *Nuestra Misa*, IVE Pres, New York, 2010, p. 22.

⁵⁵ JUAN PABLO II, *Mensaje para la XVI jornada mundial de la juventud*.

⁵⁶ JUAN PABLO II (sermón en Barcelona 7/11/82).

⁵⁷ SLAWOMIR ODER, *Por qué es santo, el verdadero Juan Pablo II por el postulador de la Causa de la Beatificación*, 2010, p. (se las debo... no estoy en el Noviciado, donde tengo el libro... en una semanita la pongo)

⁵⁸ Ibid...

⁵⁹ SAN ALBERTO HURTADO, *La búsqueda de Dios*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2005², p. 216.

mismo santo, se hizo a tal punto una misma víctima con su Hijo que no fueron dos sacrificios, sino uno solo; Ella, que como Madre nuestra conoce de nuestras debilidades y reticencias ante el sacrificio personal. Ella, entonces, sea nuestro gran ejemplo, nuestra gran maestra y compañera en cada Santa Misa; Ella nos enseñe a morir con y por su Hijo; Ella presente a Él y con Él al Padre, en el Espíritu Santo, nuestra pobrísima ofrenda, que entregada por sus manos dejará de ser tan pobre. Ella, finalmente, nos enseñe a vivir como resucitados: «*Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios*» **(Col 3,1)**, y donde está Ella sentada a la diestra de Cristo...